

## LA CALLE Y SU MUNDO

# TRES A UNO

Asesinan al vigilante de un banco. (De los periódicos.)

La sucursal está en un moderno edificio, frente a una panadería, un bar, una farmacia, y tiene a sus costados un supermercado y un acreditado restaurante. Es alegre y animada la calle a la media mañana. Repentan y descienden por la calzada los coches y toman el sol en las esquinas unos ancianos charlatanes. Y fue a esa hora clara cuando los salteadores irrumpieron en el local, desarmaron al ceñador, se apoderaron del dinero y al dirigirse a la salida dispararon y aquél cayó fulminado. Todo les había salido bien; empleados, clientes y sereno yacían en el suelo, el acto estaba terminado, y ¿para qué, entonces, esa muerte aleve? Había que vengar, por lo visto, al bandolero abatido, en el reciente atraco, por el arma de otro guardia jurado. Es increíble, pero así rodaron los acontecimientos. Vivo yo por estos aledaños y entré en ocasiones en la oficina bancaria, y he saludado al vigilante, atento a la entrada y salida de la gente, en el vestíbulo.

—Buenos días, hace calor ya...

—Sí, señor; ¡qué quiere usted que haga en pleno mes de junio!

—El caso es que tengamos salud.

—Por fortuna vamos tirando bien...

—ronzaba Victoriano Cobo, casado, mayor de edad y con mujer y tres hijos, asesinado a tiros, como si se tratase del muñeco de la barraca verbenera, sobre el que se maneja la escopeta con flechas.

Un hecho parece confirmarse: el fracaso de una orden superior que obliga a los bancos e instituciones de ahorro a tener uno o varios hombres en disposición de emplear sus armas contra asaltantes que pueden aparecer en cualquier momento. Se ha recordado que en el transcurso de este año han muerto en atracos a esos establecimientos tres vigilantes y un solo bandolero. La defensa de los caudales reviene demasiado costosa. Uno cavila que poner un guardia uniformado, a título privado, pronto a empuñar su pistola, haciendo de estatua en el zaguán bancario, constituye para él un peligro permanente. Se comprende disfrazarlo incluso de mujer, que se agazape tras un parapeto o se encierre en una cabina blindada, pero cinco horas preocupado, alerta y al paio se nos antoja un despropósito formidable. El que asó la manteca no exudaría seguramente semejante ocurrencia. Lo primero que harán los foragidos, de no desarmarlo súbitamente, será anularlo mediante un cierto disparo, y aún cabe que, como el asesinado anteayer, sea víctima de una venganza.

Siempre hombres ruines han tratado de apoderarse de los bienes ajenos por medio de la violencia y no se arredran ante la sangre. Nadie tiene la culpa. Pero si un banco es asaltado cumple tener serenidad, y lo mejor es que ninguno de los presentes guarde armas. Hasta el guardia jurado puede perderla y provocar una carnicería atiborrado de buenos propósitos. Tras el dramatismo del tres a uno del año en curso, acaso sea menester volver a la situación pretérita. Está visto y comprobado que los hombres estatua de los vestíbulos de bancos y cajas de ahorro no resuelven el problema. El problema es irresoluble. Hay hombres malos. Esta es la cuestión. — ERO.